

nada del misterio de la Cruz, y que no forman sino proyectos de ambición.—A la multitud que se agolpa alrededor del Salvador; ella está ávida de emociones.—A un ciego sentado sobre el borde del camino. Su situación es triste, y él tiene conocimiento de su miseria, embargándole gran sentimiento. ¡Más dignos de compasión son tantos pecadores, ciegos desdichados, que se complacen en su estado.

PUNTOS SEGUNDO Y TERCERO.—*Escuchar las palabras y considerar las acciones.*—Al ruido de la multitud que se aproxima el ciego pregunta y sabe que pasa Jesús. Su corazón se abre á la esperanza y exclama: «*Jesús, Hijo de David, tened piedad de mí!*...» Jesús al pasar puede conceder la salvación; pero si se desaprovecha la ocasión quizá esta no vuelva..... ¡Maravilloso efecto de la oración! Ella detiene al Todopoderoso..... Jesús manda que le traigan al ciego. ¡Oh sorpresa agradable para este infortunado!.. El Hijo de Dios pone á su disposición todo el poder que tiene: *¿Qué quieres que te haga?* ¿Qué va á pedirle? Para un ciego no hay nada preferible á la luz: *Señor, haced que yo vea!* El fué oído favorablemente. ¡Oh Jesús! ¿cuándo lo seré yo? Dios mío dadme conocimiento de mi nada y viviré.

MEDITACIÓN XXXVI

MIÉRCOLES DE CENIZA

La Cuaresma del buen pastor

I. Qué deberes particulares le impone este tiempo.

II. Qué motivos deben impulsarlo para cumplirlos fielmente.

PUNTO I

La Cuaresma impone al Sacerdote y con más razón al que ejerce la cura de almas, obligaciones particulares

Entre ellas unas se refieren á su propia santificación y otras afectan al cuidado de su rebaño.

1.º La intención de la Iglesia al instituir la Santa Cuaresma es hacer de ella un tiempo de reparación y enmienda, consagrado al recogimiento y á la ora-

ción, á la penitencia y á la práctica de buenas obras. De este modo quiere honrar la soledad y el largo ayuno de Jesucristo, y prepararnos para la Pascua, esto es, para el *tránsito* de la muerte á la vida, ó de una vida imperfecta á una más santa, como se preparó El mismo por medio del retiro y ayuno durante cuarenta días, para renovar al mundo con la predicación del Evangelio. Lo que exige de sus hijos, lo exige también con más motivo de sus ministros.

El buen Sacerdote, conformándose con los deseos de la Iglesia, y marchando así en cuanto le es posible sobre los pasos del Salvador, entra con El en una vida más retirada y más silenciosa. ¿Por ventura las inspiraciones celestiales llegarán al Sacerdote que se halla en continua disipación y ocupado en vanos discursos? El buen Sacerdote se abstiene de toda relación exterior que no le sea necesaria.

Mientras más se aleje de las criaturas más se acercará á Dios por un comercio frecuente é íntimo. Se une á Jesús que ora por nosotros en el desierto; y como El, junta el ayuno con la oración, y atendiendo á los saludables rigores que impone la Cuaresma, hace caso omiso de los consejos de la molicie. ¿No debe edificar á su pueblo? Pues ¿con qué fruto predicará la penitencia si él no la practica en cuanto sus fuerzas se lo permitan?

Habiendo bajado Nuestro Señor de la montaña donde pasó cuarenta días sin tomar ningún alimento, ni teniendo otra sociedad que la de las bestias salvajes, ni otro lecho que una desnuda piedra, tiene derecho á empezar su predicación con esta severa sentencia: *Pœnitentiam agite, appropinquavit enim regnum cœlorum* (1) ¡Qué potente es la autoridad que enseña con el ejemplo! El Hombre Dios no tenía ninguna necesidad de suplicar, ni el Santo de los Santos de hacer penitencia. El se santificaba para nosotros, según decía á su Eterno Padre: «*Ego pro eis sanctifico meipsum.*» El Pastor debe santificarse para sí y para su rebaño.

(1) Matth., IV. 17.

2.º La Cuaresma es el tiempo de los grandes trabajos del celo sacerdotal. En este tiempo es cuando el Sacerdote despliega toda su actividad, y en este tiempo también es cuando consigue los más consoladores triunfos. Durante estos días de gracia el buen pastor está continuamente en acción, siempre cerca de Dios para inclinarlo á favor de su pueblo, siempre cerca de sus ovejas para llevarlas á Dios, ó hacerlas avanzar en la virtud.

In tempore iracundiae factus est reconciliatio. Este deber ya impuesto al Sacerdote de la antigua ley, es para nosotros de una obligación mucho más estrecha. La Iglesia nos lo recuerda hoy, haciéndonos leer estas palabras del profeta Joel: «*Inter vestibulum et altare plorabunt sacerdotes ministri Domini, et dicent: Parce, Domine, parce populo tuo; et ne des hereditatem tuam in opprobrium ut dominantur eis nationes*» (1). Así lo comprendieron todos los hombres encargados por Dios de la dirección de las almas. Samuel derramó tantas lágrimas sobre el pecho de Saúl que el Señor llegó á decirle: «*Usquequo tu luges Saul?*» Conocidos son los gemidos de Moisés, Isaías, Jeremías, por la incorregibilidad del pueblo Hebreo, los de San Pablo (2) y de Jesucristo (3) por la ceguera y endurecimiento de este mismo pueblo. ¡Llorad, pues, Sacerdotes, ministros de la reconciliación á imitación de todos los buenos pastores. Angeles de paz, llorad amargamente por la pérdida de las almas, por vuestros rebaños, en medio de los cuales abunda la iniquidad, se apaga la fe y se multiplican los escándalos. Pero al mismo tiempo que vuestras súplicas, penitencias y lágrimas (4) hablen á Dios para inclinarlo, hablad también á vuestros hermanos, para iluminarlos, convertirlos y salvarlos.

Hablad en el púlpito, en la enseñanza del Catecisis-

(1) Joel., II, 17.

(2) Rom., IX, 2.

(3) Luc., XIX, 41.

(4) *Sacerdotum est pro populo propitiare planctu, precibus et poenitentibus.* (Corn. & Lap. in Joël).

mo, en la administración de los Sacramentos, en público y en privado; (1) la Cuaresma es por excelencia el tiempo de la predicación en todas sus formas. No es ya de un punto aislado del dogma ó de la moral de lo que en este tiempo habéis de predicar al pueblo, sino de una serie continuada de instrucciones que requiere un plan, preparación de materias, haciendo todo lo posible porque el pueblo ame la palabra de Dios, para lo cual es necesario interesarlo al anunciársela. Reflexionad seriamente en esta tan grande obligación; examinad en qué defecto habéis incurrido, para proponeros ser más fieles, y considerad en segundo lugar:

PUNTO II

Los motivos que impulsan al buen pastor á pasar santamente la Cuaresma

1.º El Sacerdote siempre tiene, ó faltas que corregir y purgar, ó un alma á quien salvar, y que no salvará si no trabaja con ardor. Está obligado á hacer penitencia, y aunque le repugne, está obligado á emprenderla con valor y á perseverar en ella con constancia en estos días que Dios nos envía precisamente para ello. «*Advenerunt nobis dies poenitentiae.*» Los deberes que la Iglesia le impone, las necesidades de su rebaño, la penitencia misma que él predica, todo, absolutamente todo, le manifiesta la penitencia que él debe hacer.

2.º Si el Sacerdote es fiel á las gracias de este santo tiempo reunirá un rico tesoro de méritos. Los trabajos á que va á dedicarse, las obras de misericordia que va á practicar continuamente.... ¡qué magníficos frutos podrá recoger! ¿Dejará escapar tan preciosa ocasión de atesorar para el Cielo? «*Thesaurizate vobis thesauros in caelo.*» Esta es la advertencia que se le ha dado en el Evangelio.

3.º Ninguna otra parte del año eclesiástico pro-

(1) *Vos scitis.... quomodo nihil subtraxerim utilium, quominus annuntiarem vobis, et docerem vos publice et per domos.* (Act., XX, 20).

mete á su celo éxitos tan seguros con respecto á la salvación de las almas. Por una parte los pueblos están mejor dispuestos, un resto de religión, el ejemplo..... remueven á veces los corazones de una apatía casi desesperante. Por otra parte Dios está más inclinado á la clemencia. ¿No quiere, acaso, que llevemos á El los pecadores valiéndonos de un lenguaje todo lleno de ternura? «*Derelinquat impius viam suam; et vir iniquus cogitationes suas, et revertatur ad Dominum et miserebitur ejus: quia benignus et misericors est, et prestabilis super malitia, Dominus noster*» (1). ¿Le irritamos con nuestros pecados? Aplaquémosle con nuestra penitencia. *Nunquid obliviscetur miseri Deus? Aut continebit in ira sua misericordias suas?* ¡Contraste bien extraño! ¡El hombre no puede contener su cólera y Dios no puede contener su misericordia! Deja que se desborde sobre todos y en particular en estos días de ayuno universal, en que tantas almas puras se mortifican para aplacarlo. A estos días que conmemoran nuestra Redención van unidas particulares gracias. «Cuando nos aproximamos al tiempo en que la Iglesia celebra la memoria de la Pasión no puede dudarse que el Cielo derrama más abundantemente sobre nosotros las influencias de aquella Sangre adorable que fué derramada en el Calvario, puesto que no ponemos obstáculo» (2).

Buen pastor: al comenzar este santo tiempo, mira á su fin. ¿Cómo querrías haberle pasado? ¡Cuán grande será tu satisfacción si al terminarlo puedes decir: durante esta Cuaresma he dado vista á ciegos, purificado á leprosos, sanado enfermos y resucitado muertos! He conducido al aprisco ovejas extraviadas. ¡Con qué alegría darás el Cuerpo de Jesucristo á esos nuevos convidados que tú mismo has preparado para el banquete pascual! ¡Oh Sacerdotes! si Dios os negara los consuelos temporales que por vuestro celo tal vez esperabais, será, no lo dudéis, para aumento de vuestra recompensa eterna.

(1) Offic. I Dominic. Quadr.

(2) Nouet, t. V, pág. 334.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La Cuaresma impone al Sacerdote y sobre todo al que ejerce la cura de almas particulares obligaciones.*—Unas relativas á su propia santificación, otras á la de su rebaño. Lo que la Iglesia exige de sus hijos, con más motivo lo exige también de sus ministros; recogimiento, penitencia, buenas obras es lo que nos pide para prepararnos para la Pascua. Los buenos Sacerdotes se abstienen de toda relación exterior que no sea necesaria ó al menos conveniente á su santo estado. Ora con Jesucristo y á imitación de El, une la oración con el ayuno. Se santifica para él y para su pueblo. «*Pro eis sanctifico meipsum.*»—La Cuaresma es el tiempo de los grandes trabajos del celo sacerdotal. El buen pastor no cesa, en estos días de salvación, de trabajar cerca de Dios, para aplacarle, y cerca de sus ovejas para llevarlas á Dios y hacerlas avanzar en la virtud.

PUNTO SEGUNDO.—*Motivos que impulsan al buen pastor á pasar santamente la Cuaresma.*—1.º Tiene que salvar almas que ciertamente no podrá sino trabajando con ardor en la salvación de su rebaño. Es preciso que haga penitencia no sólo por él sino también por las almas que le han sido confiadas.—2.º Halla en su fidelidad á las gracias de la Cuaresma un medio poderoso de reunir un rico tesoro de méritos «*Thesaurizate vobis thesauros in caelo.*»—3.º Ninguna otra parte del año eclesiástico promete tanto éxito á su celo pues por una parte los pueblos se hallan mejor dispuestos y por otra Dios se muestra más inclinado á la clemencia. A estos días que nos recuerdan nuestra redención van ligadas gracias particularísimas. El buen Sacerdote recogerá por Pascua lo que durante la Cuaresma ha sembrado.

MEDITACIÓN XXXVII

PRIMER DOMINGO DE CUARESMA.—*Jesucristo
tentado en el desierto*

- I. Nadie se halla más expuesto á las tentaciones como los Sacerdotes y Pastores.
- II. No deben exponerse ellos mismos voluntariamente.
- III. Si son fieles en evitarlas y rechazarlas no deben temer nada.

PUNTO I

**Nadie se halla más expuesto á las tentaciones
como los Sacerdotes y Pastores**

Es esta una consecuencia necesaria que procede ya de su vocación, ya de las ocupaciones que les son propias.

Entra en los designios de la Providencia el que todos los hombres sean tentados, y á resistir las tentaciones deben todos prepararse desde el momento en que se deciden á abrazar el servicio de Dios: «*Fili, accedens ad servitutem Dei..., præpara animam tuam ad tentationem* (1): ¿cuánto más por consiguiente no debe prepararse aquel que no sólo se dedica al servicio de Dios sino también á procurarle servidores? El enemigo de las almas tal codicia tiene de su perdición eterna que desencadena todo su poder contra aquellos que se esfuerzan por librarlas de su furor. Los Sacerdotes componen la milicia de Jesucristo, que continúa por ellos la guerra que El mismo ha comenzado contra los poderes del infierno; no es de extrañar que el infierno dirija contra los Sacerdotes sus más rudos ataques. Sabe además toda la ventaja que puede sacar de la caída de un Sacerdote para la ejecución de sus satánicos proyectos: al golpe que dé en la cabeza se resentirán todos los miembros; todo

(1) Eccli., II, 1.

un ejército es herido al herir su capitán y todo rebaño al herir su pastor: *Antiquus hostis caput potius quam membra, duces exercitus potius quam militum turmam, et pastores libentius quam ovium greges oppugnare conatur* (1).

Nuestras mismas ocupaciones auxilian poderosamente á nuestros enemigos. Unas nos ponen en contacto con la corrupción del siglo y de todos sus vicios.... ¿Qué facilidad no prestan á los espíritus de las tinieblas para despertar en nosotros pasiones mal extinguidas ó para mortificarnos al menos con importunos recuerdos? Otras nos proporcionan estimación, respeto y consideración, y de todas ellas saca partido el orgulloso lucifer para lanzarnos en aquel piélago de maldad que fué la causa de su eterna ruina. Si tomamos parte en asuntos ajenos á nuestro ministerio entramos en el camino recto que conduce á la disipación, al olvido de Dios y al amor del mundo.... ¿Tenemos una vida retirada? La soledad también tiene sus demonios. Todo Sacerdote puede decir con San Bernardo: *Undique bella mihi video, undique tela volant, undique tentamenta, undique pericula; quoquaque me vertam, nulla securitas est*. Es por tanto necesario vigilar sobre las tentaciones; los golpes que se preveen hacen menos daño que los imprevistos: *Jacula minus feriunt quæ prævidentur* (2).

PUNTO II

**Los Sacerdotes no deben exponerse voluntariamente
á la tentación**

El Espíritu Santo que había descendido visiblemente sobre Jesucristo en las riberas del Jordán le condujo después al desierto para ser tentado (3). Nosotros hemos recibido el mismo Espíritu en nuestra ordenación. Si El y no nuestro propio espíritu, si la caridad, el celo ó una recta y pura intención nos

(1) S. Laur. Just., *de regim. præl.*

(2) S. Greg., homil. 35 in *Evang.*

(3) Matth., IV, 1.

exponen á ser tentados, en este caso Dios nos ayudará á combatir la tentación; pero si nosotros temeraria é imprudentemente corremos hacia un enemigo que ha prometido con juramento nuestra perdición, si nos precipitamos en las ocasiones peligrosas no esperemos los socorros de lo alto. Nos lanzamos por nuestro capricho en un mar tempestuoso esperando temerariamente que Dios, para librarnos del peligro calmará las olas, apaciguará los vientos y nos tenderá su compasiva mano para guiarnos al puerto: pretender esto es querer que Dios coopere á nuestra temeridad y premie nuestra loca y desalmada presunción.

San Pedro y San Pablo nos dan un ejemplo admirable. Ambos van á Jerusalén y corren el mismo riesgo por análogas circunstancias. Uno y otro han de defender los intereses de Jesucristo en presencia de sus enemigos. Es necesario que, ó renieguen públicamente de la fe que profesan, ó la confiesen con heroico valor. Sus disposiciones son las mismas. Pedro ha dicho más de una vez que nada le hará vacilar y que está dispuesto á morir..... Pablo dijo: *Ego non solum alligari, sed et mori..... paratus sum propter nomen Domini Jesu* (1). Sin embargo, Pedro es vencido y Pablo triunfa. ¿De qué proviene esta diferencia? De que Pedro buscó la ocasión: ¿por qué se mezcló con los corifeos de Caifás? ¿Por qué se confundió con aquella canalla impía? El proceder de Pablo fué enteramente distinto. Es cierto que se presenta á la asamblea de los sacerdotes, en el palacio del pretor....; pero él es conducido allí por el Espíritu Santo y nada hace por su propia voluntad: *Alligatus ego Spiritu vado in Jerusalem* (2). Si Pedro se hubiese atendido al prudentísimo consejo de su Maestro, los auxilios divinos le habrían librado de aquella caída: Pablo no hubiera alcanzado los laureles del triunfo, si se hubiese expuesto temeraria-

(1) Act., XXI, 13.

(2) Ibid., XX, 22.

mente, pues en este caso le habría faltado la divina gracia.

PUNTO III

Nada debe temer el Sacerdote que es fiel en evitar y rechazar las tentaciones

1.º Hemos de combatir las tentaciones con prontitud, con constancia y con las armas que nos ha indicado nuestro Salvador. Es necesario que rechacemos inmediatamente las malas sugestiones, sin tregua ni deliberación, sin entrar en discusiones con el enemigo: *Nolo sinas cogitationem crescere..... Dum parvus est hostis, interfice*. (1). Opongamos á la obstinación del ataque la constancia de la resistencia; desconfiemos del demonio aun después de haberle vencido; él no se aleja sino por poco tiempo: *Recessit ab illo usque ad tempus* (2). Defendámonos de nuestras pasiones, aun cuando ellas nos hayan dejado tranquilos. Durante la paz nuestros enemigos conjuran. Ahora bien; si cada una de nuestras victorias ha servido para aumentar más y más en nosotros la fortaleza, ¿por qué hemos de sucumbir cuando nuestro triunfo es muchísimo más fácil?

Jesucristo ha puesto en nuestras manos dos armas invencibles; á nosotros toca solamente el esgrimir las: estas no son otras que la vigilancia y la oración (3). La vigilancia nos tiene siempre alerta para descubrir el peligro, venga de donde viniere, y hace que descubramos al tentador, sea quien fuere. Hemos de tener muy presente que no siempre nos tienta el demonio; algunas veces es aquello que se ama; otras, lo que se teme, y no pocas, lo que se respeta. La vigilancia nos mantiene en aquel recogimiento que nos conserva firmes en la fe: *Cui resistite fortes in fide* (4). Nosotros podremos cubrirnos con este escudo contra el cual chocan y se destruyen todos los dardos del

(1) S. Hier., Ep. XXII, ad Eustoch.

(2) Luc., IV, 13.

(3) *Vigilate et orate, ut non intretis in tentationem*. (Matth., XXVI, 45).

(4) I Petr., V, 9.

infierno (1): *Scriptum est*; escrito está en los Santos Libros, donde todo es infaliblemente verdadero. Con estas mismas armas venció Jesucristo al demonio. ¡Oh! ¡Cómo ilumina al entendimiento, y qué energía presta á la voluntad este tan grato recuerdo: *Scriptum est*, está escrito! La vigilancia nos descubre el peligro y nos excita á combatirlo; la oración nos obtiene la gracia del triunfo: *Clamabit ad me, et ego exaudiam eum, cum ipso sum in tribulatione, eripiam eum, et glorificabo eum* (2).

2.º Estando nosotros más unidos á Dios por medio de la oración, y más sobre nosotros mismos por la vigilancia, nada debemos temer; nuestro enemigo, sin quererlo, trabaja más para nuestra gloria que para perjudicarnos, porque multiplicando nuestros combates multiplica nuestras victorias y aumenta nuestros méritos. Las tentaciones son un gran bien para los verdaderos siervos de Dios: *Omne gaudium existimate, fratres mei, cum in tentationes varias incidetis..... Beatus vir qui suffert tentationem* (3). Ellas nos manifiestan con toda claridad nuestra nada y nos hacen sentir nuestra flaqueza. Ellas nos humillan y hacen que desapeguemos nuestro corazón de todas las cosas de este perecedero mundo, donde todo es peligroso. Ellas nos dan poderosos motivos para honrar á Dios poniendo en Él toda nuestra confianza cuando á El recurramos: *Invoca me in die tribulationis; eruam te, et honorificabis me* (4). Ellas purifican, robustecen y perfeccionan nuestras virtudes: *Virtus in infirmitate perficitur*. Las tentaciones, lejos de probar que Dios nos abandona, son de ordinario una señal infalible del amor especialísimo que nos profesa: *Quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te* (5).

Id al altar á nutriros con el Pan de los fuertes:

(1) *In omnibus sumentes scutum fidei, in quo possitis omnia tela nequissimi ignea extinguere.* (Eph., VI, 16).

(2) Ps. XC, 15.

(3) Jac., I, 2, 12.

(4) Ps. XLIX, 15.

(5) Tob., XII, 13.

Mens deficit, quam non recepta Eucharistia erigit et accendit (1). El demonio tiembla cuando ve nuestros labios teñidos con la Sangre divina: *Hic sanguis, cum digne suscipitur, demones procul pellit.* (2).— *Caro Christi nostrarum refrigerat æstum cupiditatum, et libidinis ignem extinguit.*

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Los Sacerdotes están más expuestos á las tentaciones que los simples fieles.*—Es una consecuencia de su vocación y de sus ocupaciones.—Si todos los hombres deben prepararse para servir á Dios, con mucha más razón debe prepararse aquel que, además de servirle procura acrecentar el número de sus servidores. El enemigo de las almas trabaja para que estos perezcan eternamente y desencadena toda su furia contra aquellos que hacen todo lo posible para salvarlas.—Nuestras ocupaciones son sus poderosos auxiliadores. El se ingenia para despertar en nosotros pasiones mal extinguidas. Tentaciones de orgullo si nuestro éxito es favorable; y de desaliento si nuestros esfuerzos son nulos.... *Undique tela volant, undique tentamenta, undique pericula.*

PUNTO SEGUNDO.—*Los Sacerdotes no deben exponerse temeraria y voluntariamente á las tentaciones.*—Si el Espíritu Santo, la caridad y el verdadero celo nos exponen á los peligros, Dios nos prestará su divino auxilio y en modo alguno sucumbiremos en el combate; pero si la tentación es hija de un celo imprudente no debemos esperar que Dios coopere y premie mi temeridad.... San Pedro y San Pablo nos dan de esto una prueba bien evidente.

PUNTO TERCERO.—*Nada debe temer el Sacerdote que es fiel en evitar y rechazar las tentaciones.*—Hemos de rechazar inmediatamente las tentaciones, valiéndonos para ello de las armas que el mismo Jesucristo nos enseña en estas palabras: No consentas en la tentación ni un solo instante: *Nolo sinas cogitationem crescere..... Dum parvus est hostis, interfice.* La vigilancia y la oración. La vigilancia nos tiene siempre

(1) S. Cyp., Ep. LIV ad Cornel.

(2) S. Chrys., Homil. XV in Joan.

en guardia para descubrir el peligro venga de donde viniere y nos manifiesta claramente la tentación. La oración hace que consigamos el triunfo más completo. Si tomamos las precauciones necesarias, nuestros enemigos trabajarán más bien en nuestro favor que para nuestra ruína.

MEDITACIÓN XXXVIII

EL MISMO ASUNTO. (Continuación).—*De una manera especial los obreros evangélicos están expuestos á tres tentaciones análogas á las que sufrió Jesucristo en el desierto.*

- I. Por cuidar demasiado del cuerpo y de su salud.
- II. Por una avidez desmesurada en exhibirse.
- III. Por miras interesadas y por ambición.

PUNTO I

Por cuidar demasiado del cuerpo y de su salud

Viendo el demonio la excesiva hambre que afligía á Jesucristo después de su ayuno tan prolongado le aconsejó que convirtiese las piedras en pan. Si es el Hijo de Dios, tiene potestad de hacer milagros, y en el estado de desfallecimiento en que se encuentra es una verdadera necesidad. De la misma manera el enemigo de las almas tienta á los Sacerdotes: él trata de persuadirlos á fin de que tengan un cuidado excesivo de su salud, no faltándole pretextos para ello, ora infundiéndoles la idea de que es utilísima y puede ser muy necesaria para la gloria de Dios y servicio de la Iglesia, ora por el inmenso bien que puede hacer en el vasto campo que su ardiente celo tiene abierto... ¿No son estas poderosas razones que desde luego le han de instigar á la conservación de su salud como prenda de gran valía?... Y fundándose en tan absurdo principio se lo aplican á sí mismos y comienzan por abandonar completamente toda práctica de mortificación y á procurarse todo aquello que entra en un plan de

vida llena de comodidades y regalos: se procuran un bienestar de vida en todo, se crean mil necesidades; buscan la comodidad en el asiento, el regalo en la mesa y la blandura en el lecho..... y si, debido á las circunstancias, se ven precisados á sufrir alguna privación, ó á soportar alguna cosa, en este caso todo son quejas y lamentos.

¿Acaso esta disciplina enervante podrá considerarse propia para formar con ella un buen apóstol? ¿Es este el ejemplo que nos ha dado Jesucristo? Apenas recibió el Bautismo y la misión que su Padre le hubo dado (1), declarándolo su Hijo y el objeto de todas sus complacencias; cuando se retira á un desierto, guiado allí por el Espíritu Santo: y ¿qué hace allí? Ora y ayuna. Y ¿con qué género de ayuno? ¿No comiendo ni bebiendo absolutamente nada durante cuarenta días! Si toma algún descanso, este es sobre la tierra dura. ¿Fué esto, quizás, otra cosa que enseñarnos que la penitencia y mortificación son de todo punto indispensables para ejercer los diversos cargos de la vida apostólica?

Del mismo modo que hay pecadores por los que debemos hacer penitencia si queremos que se conviertan, así también hay demonios de los cuales no nos veremos libres sino por el ayuno y la oración (2). Es indudable que la prudencia debe regular el uso de las mortificaciones; pero si tenemos en cuenta el ejemplo de Jesucristo y de algunos santos Sacerdotes, veremos que se puede ir muy allá en este camino sin faltar á esta misma prudencia. Sea lo que fuere, jamás hemos de guiarnos por nosotros mismos: sigamos los consejos, no del espíritu de las tinieblas que nos predica la discreción para conducirnos á una vida voluptuosa y sensual, sino del Espíritu de verdad que nos conduce por nuestro director espiritual. Abandonemos esta prudencia carnal que es una verdadera muerte, porque, siendo ella enemiga de

(1) *Hac voce Christus a Deo constitutus est publicus orbis doctor et legislator.* (Corn. a Lap.).

(2) *Hoc autem genus non ejicitur, nisi per orationem et jejunium.* (Matth., XVII, 20.).